

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

EN LA PENITENCIARÍA DE FLORENCE

SASTRES EN UN AÑO DE CAUTIVERIO

Flores Magón y Villarreal tenían la tarea de hacer 18 pantalones diarios; Rivera, enfermero de la prisión

ENCERRARON A RIVERA EN EL *DUNGEON*

En este inhumano calabozo contrajo Librado la enfermedad que, al transcurso de los años, lo llevó a la tumba

CAPÍTULO III

Ciertamente que los tres liberales presos en la cárcel del condado de Los Ángeles conspiraban para derrocar al gobierno porfirista, pero el movimiento armado no había de estallar ni debía ser preparado en territorio americano, y en esto se fundaba el abogado Job Harriman para defender a los acusados. Las autoridades que tenían el proceso obraban, sin embargo, bajo la influencia del embajador Creel y de la agencia Pinkerton.

Tanto Harriman como A. R. Holston, el otro defensor, hicieron todo género de esfuerzos para libertar a Villarreal, Magón y Rivera, pero cada vez que creían haber obtenido un triunfo, se encontraban con nuevas negativas.

Los tres liberales habían estado incomunicados durante veintitrés días, y agregando a este hecho el de la actitud de las autoridades judiciales que con visible parcialidad negaban cuantos recursos planteaba la defensa, al grado que el juez Ollin Wellborn, negó terminante la libertad del trío, mediante cualquier cantidad que fuese depositada como fianza, levantó una ola de indignación en los sectores liberales y socialistas de los Estados Unidos.

Eugene V. Debbs, jefe del partido socialista, al igual que los líderes laboristas Samuel Gompers y Mother Jones, iniciaron una recia campaña en favor de los presos.

EN TUCSON

Sin embargo, nada pudieron lograr socialistas, laboristas y liberales americanos, y a fines de 1908, Rivera, Magón y Villarreal fueron trasladados a Tucson, debido a que las autoridades de Tombstone, a petición del cónsul Arturo M. Elías, les habían abierto un nuevo proceso, fundándose en las supuestas confesiones de Vázquez.

Un mes después de haber llegado a Tucson, los tres liberales comparecieron ante el jurado. Los testigos de cargo fueron los policías de la agencia Pinkerton y Vázquez.

Los defensores de los revolucionarios mexicanos destruyeron los dichos de los policías, así como refutaron enérgicamente las pruebas que había reunido Elías. Vázquez, considerado como testigo estrella, estuvo tan torpe que durante el interrogatorio a que le sometió la defensa, declaró que había conocido que los acusados eran socialistas en el “modo de andar” de éstos, lo cual provocó hilaridad entre la numerosa concurrencia que asistía al jurado.

Cuando los miembros del jurado se retiraron a deliberar, los acusados tenían plena confianza que serían absueltos. Así, la sorpresa recibida cuando al cabo de media hora supieron que el jurado los declaraba culpables, fue enorme.

A continuación, el juez Alexander los condenó a un año y medio de prisión, y al pago de una multa de cerca de cien dólares a cada uno.

EN LA PRISIÓN

Los sentenciados fueron conducidos al día siguiente del jurado, a la prisión de Yuma. Esta prisión, considerada como una de las más negras de los Estados Unidos, se encontraba sobre una pequeña colina en una de las márgenes del río Yuma. Había sido un fuerte construido por los españoles a fines del siglo XIX, durante la guerra con los apaches.

Varias largas galeras construidas de adobes se encontraban dentro de un recinto amurallado. Había en aquella prisión, por cuyas paredes y pisos corrían cientos de alimañas, numerosos prisioneros, predominando los negros y los mexicanos. Una rígida disciplina reinaba dentro de la prisión. Los vigilantes estaban armados de gruesos *clubs*, con los cuales golpeaban sin piedad a los reclusos, por la más leve falta.

Los detenidos tenían que ponerse en pie a las cuatro de la mañana, y después de recibir una taza de café, un plato de avena y un pedazo de pan, eran destinados a diferentes trabajos. Los que cumplían las más largas condenas estaban obligados a trabajar en una cantera en las cercanías de la prisión. Con su traje de rayas y llevando los pies atados a una fuerte cadena de hierro de cuya extremidad pendía una enorme bola del mismo metal, el recluso salía de la prisión cargando la pesada bola de hierro hasta el lugar en donde tenía que trabajar seis, siete u ocho horas consecutivas.

Los presos que estaban sentenciados a pocos meses, trabajaban en los talleres de la prisión. Eran estos talleres muy rudimentarios. Los había de sastrería, de zapatería, de carpintería, etc.

SASTRES

Magón y Villarreal fueron enviados al taller de sastrería, mientras que Rivera, por sus delicadas condiciones de salud, quedó comisionado en la enfermería.

Una semana de aprendizaje en el arte de fabricar pantalones se dio a Magón y a Villarreal. Pasado el aprendizaje, los liberales recibieron órdenes de coser diariamente dieciocho pantalones, o, en su defecto, una docena de camisetitas y calzoncillos.

Resignados a su suerte y esperando que llegara el día de su libertad, Villarreal y Magón trabajaban afanosamente de las cinco a las once de la mañana.

Las rupturas en el constitucionalismo

Después de esta hora, era menester un descanso, debido al excesivo calor que agotaba, físicamente, a los reclusos más fuertes.

A excepción de alguna carta familiar que recibían cada ocho días, los liberales no tenían otra comunicación con el exterior.

Sin embargo, durante la prisión de los tres liberales, la junta organizadora del partido continuó trabajando en favor de la insurrección, registrándose en ese tiempo los episodios de Las Vacas, Palomas y Viesca, los cuales han sido ya dados a conocer, con todo género de detalles, en los *Periódicos Lozano*.

Ocho meses permanecieron Villarreal, Magón y Rivera en la cárcel de Yuma, hasta que fueron trasladados a la penitenciaría de Florence, que acababa de ser inaugurada. Las primeras semanas de reclusión en Florence, transcurrieron tranquilamente para los liberales. Habían mejorado, ciertamente, en cuanto a la higiene de la prisión, pero los trabajos continuaban siendo los mismos.

EL *DUNGEON*

Un día, Villarreal y Magón vieron con tristeza que Librado Rivera era conducido entre dos guardianes, al *dungeon*. Rivera, según supieron sus dos compañeros, no había estado pronto a ponerse en la fila de presos en el patio de la prisión, y este hecho había provocado la ira de un guardián, quien había injuriado y amenazado con el *club* a Librado. Éste, tomó inmediatamente el lugar en la fila, pero no por ello dejó de levantar la voz como protesta por las injurias de que era objeto.

La digna actitud de Rivera fue considerada por el guardián como un acto de indisciplina, y fue por ello por lo que se le condujo al *dungeon*. Era el *dungeon* un agujero en uno de los patios de la prisión como de dos metros y medio de altura por uno y medio de diámetro, forrado de hierro y en la parte superior, cubierto con una tapa del mismo metal, con una pequeña ventanilla. El infeliz prisionero que caía en el *dungeon* no sólo tenía que permanecer de pie, sino que no recibía de alimentación más que pan y agua. En ese calabozo subterráneo permaneció Rivera diez días. Cuando salió de él, estaba cadavérico, apenas podía sostenerse en pie y fue necesario que se le condujera inmediatamente a la enfermería. Allí Librado contrajo una enfermedad que debilitó su organismo para todos los días de su vida.

EN LIBERTAD

Mientras que los tres liberales se encontraban en Florence, los trabajos para obtener su libertad, no cesaban en los Estados Unidos. Debbs y Mother Jones, especialmente, realizaban giras, mítines y escribían en un gran número de periódicos socialistas a favor de los presos. Pero aquellas actividades de Debbs y Mother Jones no resolvieron la libertad de los detenidos. Éstos salieron a la calle al vencerse la sentencia dictada por el juez Alexander.

A las diez de la mañana del 3 de agosto de 1910, Villarreal, Magón y Rivera abandonaban la penitenciaría de Florence, a cuyas puertas los esperaban John Kenneth Turner y una numerosa comisión de la Western Federation of Miners. “Continuaremos trabajando por una revolución en contra de Díaz; no hay otra manera de acabar con el régimen porfirista que una revolución”, dijeron los tres liberales al recobrar la libertad, y sus palabras fueron transmitidas a todos los periódicos de los Estados Unidos.

El día 5 regresaron a Los Ángeles. Una multitud los esperaba en la estación de Southern Pacific. Las mujeres arrojaban flores a su paso. Ya no eran solamente los liberales y socialistas quienes acudían a aplaudir a los ex encarcelados, sino que eran gentes que veían con simpatía la enérgica lucha que mantenían en contra del gobierno porfirista.

MITIN MONSTRUO

Dos días después de la llegada de Flores Magón, Rivera y Villarreal, se efectuó en el auditorio del Labor Temple de Los Ángeles, un gran mitin.

Cuando los tres liberales llegaron al auditorio, había ahí reunidas más de cuatro mil personas que, de pie y lanzando “hurra” por los “martyrs to the cause of the liberty”, hacían de aquella reunión un espectáculo imponente y conmovedor.

La orquesta tocaba el Himno Nacional Mexicano. Rivera, acompañado de su esposa y de sus hijos, y Magón y Villarreal llevados del brazo por los abogados Harriman y Holston, por el licenciado Lázaro Gutiérrez de Lara y por el escritor Turner, fueron conducidos a la plataforma del auditorio.

El abogado Holston hizo la presentación de los tres liberales. En seguida, Villarreal habló en inglés, dando las gracias por el recibimiento que se les

Las rupturas en el constitucionalismo

hacía y haciendo una formal promesa en nombre de sus compañeros y al suyo propio, de que la junta organizadora continuaría trabajando por el derrocamiento del régimen porfirista. “Por el pueblo mexicano de ahora y por sus futuras generaciones daré mi sangre, mi honor, mi dignidad; daré todo”, dijo Villarreal, cuyo discurso fue traducido al inglés por Gutiérrez de Lara.

Habló después John Kenneth Turner, quien criticó duramente a las autoridades que habían aprehendido y sentenciado a los liberales, siguiéndole en la tribuna Job Harriman, quien dio a conocer los detalles del proceso que se había seguido a Magón, Villarreal y Rivera.

Flores Magón habló al final, a petición de la concurrencia, diciendo: “Mi brazo se levantará siempre, y hasta que muera, a favor del débil y contra el déspota. Tengo en mis carnes las huellas de las cadenas y de ello me siento orgulloso. Creo en un futuro de bienestar, y mientras que llegamos a ese futuro, lancemos un viva a la revolución social”.

REAPARECE *REGENERACIÓN*

Al regresar a Los Ángeles, después de la larga prisión en Florence, uno de los primeros trabajos de la junta organizadora fue publicar nuevamente *Regeneración*. El periódico reapareció el 3 de septiembre de 1910, con mayores bríos. “La revolución está próxima”, decía Flores Magón en uno de sus artículos; y la revolución era preparada por los liberales con mayor actividad y entusiasmo.

El partido maderista, entre tanto, preparaba también la insurrección. Teniendo conocimiento de los propósitos de Francisco I. Madero, la junta organizadora, expidió una circular a los clubes existentes en México, advirtiendo que el movimiento armado que preparaba el maderismo, no era la insurrección popular preconizada por los liberales.

Pocos días habían pasado de la expedición de esta circular, cuando llegó a Los Ángeles José de la Luz Soto, quien después de haber hablado en Sonora con don José María Maytorena para ponerlo al corriente de los planes de Francisco I. Madero, iba a hablar, en nombre de este líder político, a los miembros de la junta organizadora, buscando un entendimiento en la lucha armada contra el gobierno del general Díaz.

Desde la primera reunión con los miembros de la junta, Soto fue recibido con frialdad, sobre todo por Ricardo.

LE OFRECEN UNA CARTERA

Soto, hablando en nombre de Madero, propuso la adhesión de la junta organizadora al Partido Antirreeleccionista, diciendo que el jefe del movimiento deseaba al triunfo de la revolución compartir el poder con los liberales, y para lo cual ofrecía a Flores Magón, una cartera en el gabinete que se constituyera a la caída del régimen porfirista.

Flores Magón rechazó la proposición que Madero hacía por conducto de Soto, diciendo que la junta solamente iría a la rebelión junto con el Partido Antirreeleccionista, siempre que este partido se adhiriera a los liberales, aceptando el programa de julio de 1906.

En las discusiones entre Magón y Soto, intervino Villarreal, haciendo ver la conveniencia de que la junta y el Partido Antirreeleccionista se unieran para combatir al régimen porfirista.

—*Esto sería reconocer la jefatura de Madero, y yo no reconozco ninguna jefatura!* —exclamó Flores Magón.

—*Pero si Madero tiene la jefatura, es a él y a su partido se debe la organización revolucionaria* —objetó Villarreal.

A partir de ese momento y durante las siguientes reuniones a las que asistió José de la Luz Soto, las relaciones entre Villarreal y Magón fueron tan agrias, que el rompimiento entre los dos liberales era inminente.

Soto comprendió la imposibilidad de un entendimiento entre liberales y antirreeleccionistas, y dio por terminadas las pláticas, abandonando la ciudad de Los Ángeles y dirigiéndose a El Paso, para revolucionar a México.

SE SEPARA VILLARREAL DE LA JUNTA ORGANIZADORA

Villarreal, inconforme con la actitud de Flores Magón y creyendo que era indispensable la cooperación de los liberales con los antirreeleccionistas para poder exterminar al gobierno porfirista, se separó de la junta organizadora y en los primeros días de diciembre llegó a El Paso.

Las primeras partidas rebeldes, liberales y antirreeleccionistas, habían aparecido en el norte de México, Villarreal se dispuso a organizar un grupo a fin de cruzar la frontera e internarse en territorio mexicano en abierta rebelión contra el gobierno porfirista.

Las rupturas en el constitucionalismo

Trabajaba, con gran éxito en El Paso, y contaba para ello con las abiertas simpatías de la mayor parte de los habitantes de la ciudad americana, y con una junta revolucionaria que se encargaba de proveer armas y municiones a los revolucionarios. Era el jefe de esta junta Cástulo H. Herrera, con quien se puso en contacto Villarreal.

PROVISIÓN DE CARABINAS

Por principios de cuentas, Herrera puso en poder de Villarreal ciento cincuenta carabinas de las que el ejército americano había recogido al ejército español durante la guerra de Cuba. Eran unas viejas y pesadas carabinas. Habían sido puestas a subasta pública por el gobierno de los Estados Unidos por el año de 1902, y desde entonces habían estado almacenadas en las armerías de Nueva York, en donde las había comprado Gustavo Madero, al iniciar su hermano Francisco, los preparativos para la revolución.

Con las ciento cincuenta carabinas, Herrera entregó a Villarreal una dotación de trescientos cartuchos para cada soldado que armara. Estas municiones eran tan viejas como las armas, y ya durante la revolución se vio que apenas el cincuenta por ciento de los cartuchos era útil.

Provisto de armas y municiones, Villarreal se ocupó de organizar el grupo al frente del cual entraría a México. La mayor parte de los voluntarios que se presentaban a Villarreal eran mexicanos empleados en el comercio tanto de El Paso como de Ciudad Juárez. Además, contó bien pronto con numerosos rancheros de los pueblos cercanos a la frontera y con varios estudiantes que habían abandonado a la Ciudad de México para unirse a la revolución en el norte del país.

CON EL CLUB DE TIRADORES

Mientras organizaba al grupo revolucionario, Villarreal entró en relaciones con los miembros del Club de Tiradores de El Paso. Estas personas, en su mayoría de nacionalidad americana, tenían vivas simpatías por la revolución, y ofrecieron hacer un donativo a los revolucionarios. Todo imaginaba Villarreal, menos que el donativo del Club de Tiradores fuese un cañón. Éste era

un viejo cañón de mecha, que tenía una larga historia, pues perteneció al partido confederado durante la Guerra de Secesión. El cañón había sido donado años antes de los sucesos que son narrados, por el mismo Club de Tiradores a la ciudad de El Paso, y se encontraba en uno de los jardines públicos.

Una noche, los miembros del club tomaron sigilosamente el viejo cañón de la plaza donde era exhibido como una reliquia histórica y fue entregado a Villarreal.

Junto con el cañón, los miembros del club obsequiaron a Villarreal un buen número de “metrallas”, fabricadas por algún aficionado al arte de la guerra, y que no habían de servir en la campaña, ya que en su fabricación habían sido utilizada varias docenas de cajas de hojalata.

Organizado y armado el grupo del general Villarreal dispuso la marcha a territorio mexicano. En primer lugar fue enviado al Bosque Bonito el cañón para ser conducido a México, y en seguida se dispuso la marcha de la columna. Constaba ésta de ciento sesenta hombres.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 1º de diciembre de 1935, año XXII, núm. 292, pp. 1-2.